



El Foro Urbano Mundial de Medellín y las cuatro ficciones

Calle
como valle
de monedas para el pan.
Río
sin desvío
donde sufre la ciudad.
¡Qué triste palidez tienen tus luces!
tus letreros sueñan cruces,
tus afiches, carcajadas de cartón...
Homero Expósito. Tango "Tristezas de la calle Corrientes".

Campo Elías Galindo A.

Resumen

Han pasado seis meses desde que se realizó en Medellín el Séptimo Foro Urbano Mundial auspiciado por ONU-Hábitat con el lema "Equidad urbana en el desarrollo – Ciudades para la vida". La sede de ese evento no podía ser más emblemática: la ciudad más innovadora del mundo, la "tacita de plata", la más conflictiva, la más educada, la más feliz, otrora la más violenta, en fin, la que más atrae las miradas de propios y extraños por sus cifras, sus récords y sus excentricidades publicitarias. Todo un programa de maquillaje intensivo precedió la inauguración del Foro, que incluyó guardar a los "habitantes de calle" lejos de sus guaridas habituales, para que los visitantes creyeran que la mentada innovación algo tenía que ver con la erradicación de la miseria y la pobreza absoluta que deambula por sus calles.

Palabras clave: Medellín, Ciudad, Hábitat.

Summary

It has been six months since he was held in Medellín the Seventh World Urban Forum sponsored by UN-Habitat with the motto "Equity urban development - Cities for Life". The venue for this event could not be more emblematic: the most innovative in the world's most troubled the most educated happier once the most violent city, the "silver cup",,,,,, finally, which attracts the eyes of friends and strangers for their numbers, their records and their advertising eccentricities. All an intensive makeup preceded the opening of the Forum, which included keep the "street people" away from their usual haunts, so that visitors believe that the mentioned innovation had something to do with the eradication of misery and poverty absolute wandering the streets.

Keywords: Medellín, City, Habitat.

Introducción

La evaluación del Foro requiere un enfoque que atienda del mismo modo, tanto el proyecto de ciudad y urbanización dominante a nivel de las orientaciones generales, es decir, el corpus conceptual que agencia la ONU, como la entidad territorial que recibe esas orientaciones y las adapta a su transcurrir social. El escenario en esta ocasión era altamente significativo y no podía pasar desapercibido en la elaboración de las conclusiones; además el activismo de las autoridades locales fue notable en su función de "vender" su propio relato sobre la historia reciente de la ciudad.

El macroevento, uno de los mayores celebrados en la capital antioqueña, fue la ocasión para que por lo menos cuatro ficciones brotaran y envolvieran el aire de las deliberaciones y discursos académicos. Desde luego que tras los grandes acontecimientos sociales, y más cuando tienen la condición de urbanos, se movilizan los proyectos ideológicos que dominan la escena, y buscan invisibilizar otras miradas del mundo y la ciudad, los proyectos alternativos. Una ficción social, una ficción desarrollista, una ficción política y otra conceptual, funcionaron como marco ideológico general que la ciudad sede adoptó para interactuar con el Foro y reafirmar las concepciones básicas que retroalimentan su proyecto dominante.

La ficción social

Desde lo más factual e inmediato, la ficción social deriva de una estrategia de maquillaje que intenta borrar por algunas semanas, con recursos estéticos formales de bajo costo, la profunda brecha de exclusión sobre la cual está montada la organización de la sociedad urbana. Mucho de su éxito radica en que moviliza a grupos importantes de ciudadanos con “espíritu cívico”, ciertamente interesados en mejorar la apariencia de su ciudad y sus espacios públicos, especialmente ante la circunstancia de ser visitados por otros ciudadanos de otras latitudes. Es una manera de apropiación por el capital de un valioso intangible representado en la hospitalidad de las gentes, siempre dispuestas al intercambio y a la fraternidad; es decir, la extracción de una renta de monopolio que está siempre presente en los grandes eventos-negocio que se venden a partir de la ciudad como marca comercial.

Esa estrategia de movilización social, que pasa por el arreglo de fachadas, vías y jardines, no alcanza a ocultar su cara represiva ejecutada por las autoridades locales, la llamada “limpieza social” que a lo largo de espacios céntricos y estratégicos, recoge –maltrato incluido– a aquellas personas que el propio sistema no ha sido capaz de incluir, para sacarlas contra su voluntad de su propio hábitat y del entorno urbano, que debe lucir aséptico, “competitivo” y atractivo a los macronegocios que traerán los visitantes.

Pocas semanas después del Foro Urbano Mundial, retirado el maquillaje, la ciudad ha vuelto a lo que siempre ha sido: la administración municipal mueve todos los hilos para que atropelladamente los ciudadanos aprueben un Plan de Ordenamiento Territorial que bajo el lema de una ciudad compacta y proyectada hacia adentro, da vía libre a la densificación constructiva del corredor fluvial central y con ella, a la especulación inmobiliaria sobre áreas estratégicas del territorio urbano. Han vuelto los desalojos de los pobres en las áreas de renovación urbana y en las periferias deprimidas. Los indigentes han sido puestos de nuevo en sus cambuches y, el orden público volvió a ser gestionado por las bandas delincuenciales tanto en el centro tradicional como en los barrios periféricos más pobres.

El control territorial es una asignatura perdida por todas las administraciones recientes en el área metropolitana de Medellín, especialmente desde la década de los ochentas, cuando un sector de clase emergente vinculado al tráfico de narcóticos empezó a tomar posiciones dentro del estado y convirtió a la región y la ciudad en importante base de sus operaciones. Como parte de la ficción social, ese sector de clase mafioso ha contribuido a desarrollar una percepción de seguridad que se activa

a propósito de los grandes eventos de ciudad y se desactiva cuando estos concluyen. Son los delincuentes los que administran a conveniencia la sensación de seguridad o inseguridad en la urbe paisa; para ello hacen pactos y se distribuyen las áreas de influencia a través de una micro-geopolítica lejos del alcance del estado local, cuyas víctimas directas son los pequeños comerciantes y los ciudadanos de a pié conminados a pagar extorsiones y a limitar su uso del espacio urbano.

Puesto que los asuntos de la seguridad ciudadana han ganado prioridad en las agendas políticas, la tranquilidad y la paz es componente fundamental de la competitividad que atrae las inversiones de capital, más aún, cuando se trata de una ciudad tan estigmatizada por sus indicadores de violencia como Medellín. Consecuencia de lo anterior, esta ciudad es presentada como un milagro viviente que pasó del miedo a la esperanza, dejó atrás la violencia y transita rauda hacia la prosperidad.

La ficción desarrollista

Medellín es una ciudad mediterránea que logró, gracias a las inversiones de los excedentes cafeteros y al modelo de sustitución de importaciones, concentrar gran parte de la industria colombiana hasta aproximadamente la década de los setentas del siglo pasado; ese desarrollo pudo soportar un permanente crecimiento del empleo productivo, la dotación de vivienda, servicios sociales y servicios públicos domiciliarios; de alguna manera fue lo más parecido que hubo en Colombia a una sociedad de bienestar.

De la situación socioeconómica de la Medellín de mitad del siglo XX surgió un imaginario de ciudad próspera, sede de importantes plantas productivas y de jugosos negocios de alcance nacional que hacían crecer los capitales ya no solo industriales sino también comerciales y financieros. Esa prosperidad económica encajó bien dentro de otro imaginario largamente forjado por las élites empresariales, el de la antioqueñidad, que elevó la valoración del trabajo a precepto moral y el mercantilismo a forma de ser propia del antioqueño del común, fuertemente vinculada a la cotidianidad de la población paisa.

Las políticas neoliberales impuestas por los centros del capital globalizado, impactaron de diferente manera las relaciones territoriales dentro de todos los países dependientes, principalmente desde la década de los ochentas. Una de ellas fue la explotación de las ventajas comparativas, merced a la cual las regiones litorales, las ciudades puertos y áreas adecuadamente conectadas a las redes de mercados globalizados, re-

cibieron el mayor caudal de inversiones productivas y comerciales, y contrariamente, las regiones y ciudades mediterráneas que no lograron una integración expedita con los circuitos comerciales exteriores, salieron de las prioridades del desarrollo e incluso algunas fueron calificadas de “no viables” por los tecnócratas de entonces.

Precariamente conectada con las redes internacionales de comercio, y mal dotada para la competencia tecnológica, la industria local del Valle de Aburrá se desplomó en pocos años y sus plantas, mayoritariamente textiles, fueron cerrando una por una para dar paso a las importaciones y al contrabando. En simultaneidad con la desindustrialización y el desempleo, empezó a desarrollarse en la región el sector del capital vinculado a la comercialización de narcóticos, que al margen de la ley devino en oligarquía lumpen con brazo armado y representación política propios que se expandió por todo el territorio nacional. El “narcoterrorismo”, el sicariato y la guerra de bandas criminales, marcaron la transición de una ciudad relativamente industrializada a la ciudad neoliberal y de servicios que hoy es una marca comercial vendedora de eventos como el WUF7 de ONU-Hábitat.

Pero la élite antioqueña nunca se ha resignado al aislamiento que le imponen las políticas territoriales del neoliberalismo. Enfrentar la adversidad geográfica siempre ha sido su vocación. En un esfuerzo por adaptarse a las nuevas condiciones de la economía global, la burguesía se ha empeñado en romper las barreras ambientales y orográficas que separan al centro metropolitano de los litorales y los grandes mercados. Es un empresariado “abrecaminos” y “rompemontañas” que se resiste a hacer cálculos sociales o ambientales antes de emprender las grandes obras que lo conecten con puertos y aeropuertos.

En su afán por desarrollar medios de transporte y viaductos donde quiera que la naturaleza ofrezca un obstáculo, la burguesía paísa se ha echado en brazos del desarrollismo depredador del medio ambiente y de la tecnocracia ávida de contratos, para retroalimentar la ficción de un neodesarrollo basado en los paradigmas de la competitividad, la innovación y el emprendimiento.

Es mínimo lo que ha quedado de la ciudad industrial generadora de riqueza productiva y puestos de trabajo. Hoy predominan el comercio, los servicios cada vez más automatizados, el empleo precario y la informalidad laboral, una oferta de mano de obra barata para la actividad delincinencial extendida con nuevas modalidades. Las élites han impuesto un nuevo concepto de desarrollo apalancado en la publicidad consumista que encaja con la especulación inmobiliaria y la venta de status a unas clases medias alimentadas por la extracción de rentas. El desarrollo que los asistentes al Foro Urbano Mundial pudieron apreciar fue ese, con la música de fondo sobre el

paso del miedo a la esperanza, paso que aún no dan centenares de miles de pobladores segregados social y espacialmente en la espesa periferia donde subsisten.

La ficción política

La política en el departamento de Antioquia y su capital desde el siglo XIX se ha regido por los parámetros más estrictos del pragmatismo; un ejercicio orientado a otorgar legitimidad a un empresariado eficiente y hábil que acapara además de la riqueza, el prestigio social. La práctica política de la élite paisa, diferente a la de otros centros regionales de poder, se ha desentendido de determinadas cuestiones doctrinarias y partidistas en que se enfrasca a menudo la clase política nacional. Resultado de ello ha sido la casi nula participación de esa dirigencia en las guerras civiles, la preservación del territorio tradicional antioqueño como espacio productivo y pacífico, y la conducta generalmente conciliadora cuando las confrontaciones entre facciones tienden a agudizarse.

La dirigencia empresarial radicada en el Área metropolitana de Medellín, ha podido en virtud de tal actitud política, dedicarse con buen margen de maniobra a los grandes negocios de dentro y fuera del departamento. Se ha demostrado que ese pragmatismo tampoco estuvo ausente cuando los dineros provenientes del narcotráfico empezaron a permear la estructura económica local; muy pronto la “narcoeconomía” dejó de ser un rumor o una simple percepción para convertirse en evidencia que se pavoneaba por las vías públicas. A pesar de la devoción religiosa por el trabajo abnegado y la degradación de quienes no lo practicaban, la riqueza proveniente del delito fue abrazada con igual fervor por actores económicos que iban siendo cooptados uno tras otro.

Con igual sentido de lo práctico y de la búsqueda de resultados económicos, la burguesía aceptó el cambio de vocación económica del Valle de Aburrá y empezó a pujar del lado del capital transnacional; ha llevado sus empresas más allá de las fronteras y ha invertido en el comercio, las finanzas y la construcción como nunca antes. A esa prosperidad de los negocios de élite se hacen las grandes apuestas electorales en Antioquia y Medellín, incluídas las que invocan la neutralidad, la antipolítica y la transparencia en el manejo de los recursos públicos. En Colombia ha ocurrido que la corrupción anidada en algunas regiones se robe departamentos enteros, o que los “carruseles” produzcan desfalcos gigantescos como el de Bogotá. En Antioquia en cambio, escasean hasta hoy los eventos de corrupción judicialmente demostrados

que ameriten despliegues mediáticos como los de otras regiones o ciudades. Además, como la dirigencia regional mantiene su bajo perfil político y sus actores fungen de gerentes más que de caudillos de partido, cobran por su imagen en legitimidad política contante y sonante cada vez que necesitan el beneplácito ciudadano para mantener el monopolio del aparato estatal.

La buena gerencia sigue siendo de esta manera, el principal factor de legitimación política de la élite empresarial regional, que adquiere así carta blanca para gobernar el Área metropolitana y desarrollar en ella una agenda urbana amplia, que implica organizar la ciudad en función de grandes eventos que a la vez atraen grandes negocios.

En la política regional y metropolitana de hoy, juegan dos grandes agrupamientos que suelen enfrentarse electoralmente, en especial cuando en las urnas se deciden la gobernación, las alcaldías, los diputados y los concejales. En esas ocasiones salen a relucir grandes cantidades de recursos que financian la compraventa de votos y otras modalidades de corrupción, incluido el constreñimiento electoral. Un agrupamiento de “decentes” se conforma por actores políticos y fuerzas sociales de la tradición empresarial y familiar local que reclama un manejo transparente de los recursos públicos y trata de tomar distancia respecto de las facciones mafiosas de la región. El otro, no logra ocultar sus conexiones con el mundo de las mafias y el paramilitarismo; practica un clientelismo populista y mantiene en la sombra un aparato delictivo que les permite reproducirse indefinidamente en los gobiernos de algunos municipios del Área Metropolitana, ante la impotencia de las autoridades y los organismos de control. Ambos agrupamientos mantienen sus diferencias en el plano de los métodos y de sus alianzas sociopolíticas, pero no ofrecen a la ciudadanía proyectos de región o de ciudad alternativos a lo que ya tácita y pragmáticamente acordaron desde tiempo atrás, o sea, una región metropolitana extractivista, tercerizada, especializada en servicios, turismo y macronegocios especulativos, especialmente inmobiliarios.

La ficción conceptual

La **Carta Medellín** fue el documento oficial de conclusiones que quedó como testimonio de las sesiones correspondientes al Séptimo Foro Urbano Mundial que tuvo lugar en Medellín entre el 5 y el 11 de abril pasados, organizado por ONU-Hábitat en alianza con la Alcaldía de Medellín y el Ministerio de la vivienda. El texto de 170 páginas, se supone, recoge los insumos más importantes de los diálogos, asambleas y mesas redondas que tuvieron lugar en el marco de ese imponente evento que movilizó decenas de miles de visitantes y millones de dólares en financiación.

Es un documento de carácter conceptual que pretende ser orientador para los actores urbanos que se comprometan a desarrollar ciudades sostenibles, equitativas y para la vida, en la perspectiva de la revisión de los objetivos del milenio en 2015 y la celebración de Hábitat III en 2016. Su prefacio lleva la firma de quien la presentó oficialmente, el alcalde de la ciudad sede Aníbal Gaviria; reconoce la autoría a un grupo de académicos tanto de nuestro medio como de fuera, entre los cuales se destaca el sociólogo e historiador francés Edgar Morin; está además respaldado por una amplia bibliografía personal e institucional.

Una primera parte de la Carta (Carta de navegación) expone los valores filosóficos y puntos de partida para una comprensión de los problemas urbanos propios de nuestra época. Es un recorrido por las concepciones propias del nuevo humanismo que serían aplicables a la organización de la vida en nuestras ciudades, sin dejar de lado los cuestionamientos obligados al desarrollismo y a la modernidad occidental como proyecto totalitario que también ha subordinado el pensamiento sobre lo social, lo territorial y lo urbano. Esta parte del texto declara su fé en la agenda de la ONU de los próximos años para avanzar en la concreción de un “Proyecto global de humanidad” donde quepamos todos con todas nuestras utopías y nuestros sueños, en el centro del cual habrán de estar los futuros urbanos colectivamente diseñados desde nuevas epistemologías y nuevas relaciones entre las sociedades y sus entornos naturales.

La segunda parte de la Carta (Gestión integral de las ciudades para la vida con equidad), mantiene el tono humanista pero busca ser más estratégica que la primera. Por lo tanto expone un inventario de los mayores retos a la construcción de las ciudades en nuestra época, siempre teniendo como norte los valores de la equidad y la sostenibilidad ambiental. Temas como gobernabilidad, gobernanza, solidaridad mundial, consensos, alianzas público-privadas y sociedad civil, dominan gran parte de las categorías alrededor de las cuales giran las recomendaciones de política urbana en la Carta. Es aquí donde las ejecutorias sociales, económicas y urbanísticas desarrolladas en Medellín desde los años noventas, se muestran como un paradigma a ser aplicado. Ellas permitieron, según apunta el texto, trasegar del miedo y la inseguridad a una ciudad pujante, innovadora y llena de oportunidades para los ciudadanos, a través de procesos de planeación socioeconómica y territorial, participación comunitaria, una gestión pública transparente y una permanente dotación de obras públicas para el buen vivir de todos sus habitantes.

Para eso fue lavada la cara de Medellín antes del Foro. Para legitimar que ese paquete de conclusiones se presentara en el gran Teatro Metropolitano por el propio alcalde de la ciudad sede, sin hacer una sola mención a los edificios de viviendas que

desde seis meses antes han venido colapsando precisamente por la inmoralidad de las alianzas público-privadas que están construyendo esta ciudad y tomando decisiones sobre su ordenamiento. Si era mucho pedirle al alcalde que en el documento se incluyeran los desalojos violentos, la precariedad laboral, el desplazamiento intraurbano, el maltrato a los habitantes de calle y la dura segregación social y territorial, solo por decencia debió reconocer todo lo que le falta a la dirigencia de Medellín para saldar la deuda social y ambiental que tiene contraída con las comunidades urbanas.

El contenido propiamente de la **Carta Medellín**, como el de documentos oficiales de grandes eventos, expresa consensos generales sobre un universo temático debidamente controlado. Pero tampoco debería quedar la impresión como en este caso, de que pudo haberse redactado antes de la instalación del Foro. En muchos aspectos el escrito valida los razonamientos “políticamente correctos” de la geocultura dominante, como suponer que la equidad es algo que brota del buen manejo de los recursos, la transparencia en los ejercicios de gobierno y la participación comunitaria en la destinación de fracciones del presupuesto público. Con ese postulado entonces, menos podrían explicarnos por qué Medellín fue catalogada por la propia ONU-Hábitat el año pasado como la ciudad más inequitativa del país; por qué donde “no se pierde un peso” es donde más se concentra la riqueza en pocas manos y la indigencia invade las calles y espacios públicos.

En la **Carta Medellín**, el WUF7 hace fila para el cielo pero despierta en el infierno. Formula una declaración de principios humanistas que invocan hasta las culturas prehispánicas, pero a la hora de hacer su planteamiento estratégico, echa mano de los instrumentos del sentido común liberal para proponer un mundo luminoso pero ilusorio, un falso paraíso terrenal donde la equidad y la sostenibilidad ambiental llegarán apaciblemente sin necesitar del conflicto social y político, sin el empoderamiento de los oprimidos, quizá porque nacerá una burguesía inteligente con la misión histórica de construir las ciudades equitativas, sostenibles, resilientes, para la vida y el buen vivir que debemos seguir esperando.

Las ciudades para la vida serán potenciadas por una serie de instrumentos, que son los mismos que actualmente se aplican o están en proceso de implementación en Medellín, empezando por los Planes de Ordenamiento Territorial, los Planes Parciales de renovación urbana, los impuestos a la propiedad, la captación de plusvalías inmobiliarias, los presupuestos participativos, etc. Una sumatoria bien conocida en el mundo de la gestión urbana que no es inocua “per se”, sino porque está instrumentalizada por las alianzas público-privadas no formales ni explícitas que hoy están decidiendo los futuros urbanos en todo el mundo.

Las incoherencias implícitas en el texto de la **Carta Medellín**, la convierten en un relato que no dice nada a los movimientos sociales que luchan en serio por el derecho a la ciudad, como tampoco ofrece nortes a las mayorías urbanas, integradas por pobladores periféricos que sufren la segregación y las penurias del modelo neoliberal de ciudad. Algunos grupos de esas poblaciones fueron invitados al Foro, pero no fueron ellos ni los remitentes ni los destinatarios de la Carta. Fueron parte del decorado del evento, como bien se denunció desde el Foro alternativo que sesionó paralelamente en la Universidad de Antioquia.

De esta manera, la ciudad acumuló en su haber un evento fastuoso más; más dólares engrosaron los bolsillos de las industrias hoteleras, las aerolíneas y el turismo de élite. Las empresas directamente involucradas con el Foro aprovecharon la ocasión para firmar convenios con pares internacionales, y salvo algunos taxistas afortunados, los pobres de Medellín se quedaron esperando el goteo que siempre les prometen.

La semana siguiente al Foro Urbano Mundial, nuestras autoridades reintegraron los indigentes raptados a su "hábitat" normal, al que esta ciudad para la vida de por vida les asignó, el corredor del río, los parques y las calles del centro tradicional. La ciudad postforo es la misma de antes. Lo único nuevo son los nuevos desalojos. Uno es el caso de El Oasis, sector del emblemático barrio Moravia cuyos habitantes aún esperan las reubicaciones a que se comprometió la alcaldía cuando un incendio en 2007 destruyó sus ranchos precarios. Ante dicho incumplimiento, los pobladores se han visto obligados a regresar a sus predios de origen a construir de nuevo sus moradas y a reclamar su derecho a la vivienda.

El Otro caso, pues también es desalojo, es el de 377 familias del complejo residencial Colores de Calasanía, en el occidente de la ciudad, que han debido salir corriendo y dejar abandonados sus patrimonios de toda una vida ante el inminente colapso de la edificación. Porque Medellín ya se está acostumbrando a situaciones similares de desalojo, porque las empresas constructoras juegan no solo con la estabilidad económica de sus clientes sino también con sus vidas, al entregar viviendas construídas por debajo de los parámetros antisísmicos, de diseño y de calidad de los materiales. Al igual que con los damnificados de Space, Continental Towers y Asensi, vendrá ahora el forcejeo interminable de los desalojados con los constructores para el reconocimiento de los perjuicios que nunca les pagarán totalmente.

El colapso de las edificaciones por el incumplimiento de normas técnicas de construcción es ahora la nueva modalidad de desalojo que los capitales inmobiliarios están aplicando a los pobladores urbanos. Es uno de los espectáculos más deprimentes de nuestra urbanización neoliberal y de las oscuras alianzas entre empresarios

capitalistas privados y sectores del estado que movilizan grandes excedentes de utilidades hacia negocios inmobiliarios sin ninguna responsabilidad social ni ambiental. Es dicente que el liderazgo de Medellín en ese tipo de tragedias, sea compatible con sus pergaminos de ciudad más innovadora del mundo y espejo de sostenibilidad para la ONU-Hábitat.

El caos y el desgobierno de la ciudad golpean con singular fuerza al centro cívico-comercial tradicional de Medellín. En forma periódica los pequeños comerciantes, especialmente los informales y ambulantes, se rebelan contra los representantes de la autoridad que buscan disciplinarlos o erradicarlos de sus espacios; los unos reclaman las áreas de circulación para los peatones y los otros su derecho al trabajo. El centro es un territorio reducido y estratégico donde colisionan los intereses de muchos sectores de la sociedad y la economía. No obstante es el sector de menor gobernabilidad de todos, donde todos tratan de imponer su ley para incorporar nuevas áreas y la autoridad queda siempre en deuda. Es el lugar que concentra la mayor criminalidad, asociada en gran parte a actividades de tráfico de alucinógenos, comercio sexual, extorsiones y robos practicados por organizaciones delictivas.

El centro tradicional de la ciudad es el escenario de una permanente puja entre las autoridades y las distintas delincuencias que lo habitan. Pero más allá de las delincuencias, es un territorio vital y complejo de intenso tránsito que sustenta miles de actividades y puestos de trabajo formales e informales, de donde derivan su subsistencia miles de ciudadanos que en lugar de persecución, necesitan la protección del estado. Las más recientes denuncias señalan que se han incrementado las extorsiones y que el área céntrica es objeto de arduas disputas entre las bandas delincuenciales más temibles de la ciudad. La gravedad del asunto es aún mayor, si tenemos en cuenta que el centro es sede de importantes infraestructuras culturales, institucionales y de movilidad de cubrimiento metropolitano, que son usadas por centenares de miles de ciudadanos diariamente.

La pérdida de control de las autoridades municipales sobre el centro tradicional, significa igualmente la sustracción a la ciudadanía del espacio de socialización más importante de la ciudad. A pesar de su deterioro y de su empobrecimiento funcional, esa área sigue manteniendo un lugar privilegiado en el imaginario urbano de Medellín y aún sintetiza facetas muy importantes de su historia. Es la parte de la ciudad más colectivamente construida, por lo tanto debe constituir el espacio público más emblemático de Medellín y por extensión, del área metropolitana.

El uso cívico, social y cultural del centro tradicional, es un derecho de los habitantes urbanos. Él se confunde con *el derecho a la ciudad* misma, a transitarla, disfru-

tarla y apropiarla por todos los sectores de la sociedad y colectivos que a través de la historia han aportado a su construcción y sus transformaciones. Ese derecho, ausente de los códigos, pone en cuestión el orden urbano capitalista, que relega a las clases subalternas a los bordes de los perímetros urbanos, es decir, a las “urbanizaciones” periféricas; al mismo tiempo que reserva *la ciudad*, es decir, la obra humana intergeneracional, a los macronegocios especulativos de los capitales, donde estorban los pobres. La gestión y el ordenamiento del centro que hace la municipalidad en Medellín, ha sido incapaz de recuperarlo para el conjunto de la sociedad local y convertirlo en una garantía para la vigencia del derecho a la ciudad.

Después del WUF7 la ciudad duerme tranquila. Sus miserias han vuelto a ser visibles hasta que otro macronegocio agite sus avenidas y desde Plaza Mayor vuelvan a mandarle cartas. Pero el problema son los destinatarios, porque igual que al Coronel, los pobres urbanos no tienen quién les escriba. La **Carta Medellín** está diseñada para el consumo de las élites urbanas internacionales, “tomadores de decisiones” suele decirseles, quienes la leerán con el entusiasmo de aquellos que se afirman definitivamente en su propia fé de creyentes.

Más recientemente, una investigación periodística destapó las dimensiones alarmantes de la prostitución y la explotación sexual infantil, que crecen como espuma de la mano del turismo y la mercantilización de la vida cotidiana. Fue mucho el despliegue mediático y las reacciones indignadas de las autoridades, mas nunca se ha hecho la relación necesaria entre ese fenómeno y la condición que ostenta la ciudad de ser simultáneamente capital de la moda, capital de la medicina estética, centro de la industria publicitaria y de la llamada cultura mafiosa proveniente de los carteles de décadas pasadas. Es la manera como se expresa en las condiciones concretas de Medellín, un fenómeno propio de la sociedad neoliberal: la mercantilización del cuerpo.

Después de los eventos todo es anécdota, menos los textos oficiales. Por ello es tan importante la **Carta Medellín**. Porque resultó siendo más que un texto escueto de conclusiones, una pieza de análisis sobre los desajustes conceptuales de un modelo de ciudad que al tiempo que refuerza las más duras condiciones de la reproducción del capital, hace todo lo necesario por cooptar el discurso humanista contemporáneo proveniente de las academias.

La ficción conceptual se constituye de esta manera, en una lectura sin crítica de los textos sobre las ciudades y las realidades urbanas ajenas, de las cuales se extraen enseñanzas que los técnicos tratan de convertir en políticas públicas y los gobernantes adoptan de acuerdo a los compromisos adquiridos con agentes sociales de la órbita privada. El entramado conceptual que envuelve la ficción no impacta la realidad

deprimente de nuestros centros urbanos ni sus estructuras básicas, pues no parte de la realidad sino del discurso mismo; es decir, convierte al relato en la salvación, la fórmula y el remedio al mismo tiempo, lo cual explica en parte, que las conclusiones de los eventos tipo Foro Urbano Mundial, se puedan conocer antes de que ellos concluyan o incluso, antes de que sean instalados.

Los técnicos y los gobernantes comparten la misma impaciencia. No se aplican con dedicación y mente abierta a la lectura de las realidades que dicen querer transformar. Una lectura atenta y desprejuiciada les resulta subversiva de sus propios oficios, por lo tanto los únicos retos a los cuales responden están fuera de las comunidades a las que se deben; sus lógicas se mueven en la órbita de los mercados y los grandes poderes que determinan la nueva urbanización.

Campo Elías Galindo A.

Bibliografía

ISVIMED, COMPLEXUS (2014). Carta Medellín. Sobre el porvenir humano de las urbes del mundo. Alcaldía de Medellín. Disponible en: http://es.urbansolutionsplatform.org/docs/Carta_Medellin_espanol.pdf. Consultado el 13/04/2014.

Alcaldía de Medellín, EDU, BID (2014). Equidad Territorial en Medellín. La Empresa de Desarrollo Urbano EDU, como motor de la transformación urbana. Mesa Editores. Medellín. Disponible en: <http://www.slideshare.net/EDUMedellin/equidad-territorial-en-medelln-la-empresa-de-desarrollo-urbano-edu-como-motor-de-la-transformacin-urbana>. Consultado el 13/04/2014.